

Los «gustos de amores» en la poesía de Quevedo

Luciano López Gutiérrez
I.E.S. «Dolores Ibárruri»

Para Ildefonso Salán, buen degustador de Quevedo.

La poesía burlesca¹ de Quevedo con mucha frecuencia consiste en una ridiculización de la poesía amorosa seria de raíces petrarquistas: frente a la espiritualización, la reducción al sexo; frente a la fe, la promiscuidad; frente a los inaguantables desasosiegos y dolores, la serena despreocupación².

Pues bien, me propongo estudiar en este artículo la presencia en la poesía quevediana de lo que Jammes, Alzieu y Lissorgues denominan el tópico de los gustos de amores, tan alejado de los lugares comunes de corte neoplatónico predominantes en la poesía amorosa seria, ya que se caracteriza precisamente por la presentación de unos tipos femeninos distintos al modélico petrarquista de mujer rubia con ojos verdes; y por reflejar una

¹ No empleo burlesco como opuesto a satírico en el sentido que lo hace Jammes en su magno estudio sobre la obra poética de Góngora. Según piensa Arellano, creo que sátira y burla pueden aparecer a la vez en un poema, pues lo satírico hace alusión a la intención moral, y lo burlesco más bien al estilo, al carácter gracioso o jocoso de éste. Por lo tanto, es más exacto hablar de poemas más o menos satíricos expresados en estilo más o menos burlesco. Ver su magnífico libro Arellano, 1984, p. 36.

² Ver Arellano, 1984, p. 58. Así en el poema 717 se sugiere que, en lugar de cantar la belleza de la boca y manos de las damas, como sucede en las poesías neopetrarquistas, se canten los muslos y las caderas, partes del cuerpo de claras connotaciones sexuales: «Un muslo, que nunca aruña, / unas sabrosas caderas, / que ni atisban aguinaldos / ni saben qué cosa es feria, / esto sí se ha de cantar / por los prados y las selvas, / en sonetos y canciones, / en romances y en endechas». Han puesto unas valiosísimas notas al romance en cuestión Lia Schwartz e Ignacio Arellano, en Quevedo, *Poesía selecta*, 1989, pp. 309-12. Sigo la fundamental edición de Blecua en Quevedo, *Poesía original completa*, 1990. Siempre me refiero a los poemas de acuerdo con la numeración que se les asigna en el citado libro.

concepción del amor que incluye como parte fundamental el goce físico, el placer sexual³.

Me parece que una gran mayoría de las composiciones que responden a este tópico pueden encuadrarse en dos variedades.

La primera está formada por aquellas poesías expuestas desde la perspectiva de un yo burlesco que, arrebatado por un furor sexual sin freno, manifiesta su deseo de tener relaciones carnales con cualquier tipo de mujer, pues, al fin y al cabo, todas ellas están capacitadas para cumplir idéntica función⁴:

Ninguna mujer hay que yo no quiera
a todas amo y soy aficionado;
de toda suerte, condición y estado,
todas las amo y quiero en su manera.
Adoro la amorosa y la austera,
por la discreta y simple soy penado,
y por morena y blanca enamorado,
ora sea casada, ora soltera.
Todo lo que Dios cría es buena cosa,
tan mujer es aquesta como aquella,
lo que tiene la una, la otra tiene.

³ Una selección de poemas que responden a este tópico puede verse en Alzieu, Jammes y Lissorgues (eds.), *Poesía erótica*, 1984, pp. 178-205. Ver la edición de Jammes de las letrillas gongorinas, 1980, p. 132. Este ilustre hispanista también ha señalado en su conocido artículo, Jammes, 1980, p. 9, que es normal que en una sociedad llena de prohibiciones de orden sexual principalmente, la literatura burlesca se caracterice por la exaltación de los placeres de la carne. Ahora bien, como matiza Vitse, 1980, pp. 94-96, esta exaltación no supone necesariamente que se oponga en serio un nuevo sistema de valores, de marcado carácter subversivo, al ya establecido; sino que por un momento estos valores dominantes, ni tan siquiera a veces discutidos, se encierran entre paréntesis para permitir un rato de desinhibición controlada. Cfr. Freud, *El chiste*, ed. López-Ballesteros, 1990, pp. 95-96. En cualquier caso, aunque en el tono de broma que se quiera y tras la máscara de los locutores burlescos, el reflejo del imperio de la pulsión sexual se da en algunos poemas jocosos de Quevedo sin una condena explícita, por lo que me parece que hay que reconsiderar afirmaciones como las efectuadas por Antonia Morel, 1990, p. 189: «La lucha antitética entre el cuerpo señor y el alma esclava es un tópico que don Francisco, estoico-cristiano, trata dramáticamente en *La cuna y la sepultura* y los salmos del *Heráclito cristiano* [...] Las mismas preocupaciones religiosas aparecen en filigrana en la poesía satírico-burlesca. Detrás del tono chusco y jovial se adivinan los reproches de un cristiano inflexible que condena la carne porque siente irremediablemente su atracción». Me parece claro que hay poesías de Quevedo sobre esta materia cuyo principal motivo es la provocación de la risa, si bien es cierto que a veces da un tratamiento moralizador al tópico de los gustos de amores.

⁴ Ver Ortega y Gasset, 1999, p. 143: «El instinto tiende a ampliar indefinidamente el número de objetos que lo satisfacen, al paso que el amor tiende al exclusivismo».

Agora sea fea, agora hermosa,
siempre es tenella por hermosa y bella,
que en la mujer el hombre se conviene⁵.

Lo normal es que los poemas correspondientes a este paradigma sean de gran longitud, ya que se citan muchas mujeres de distinta condición (hermosas, feas, solteras, doncellas, casadas, viudas, rubias, morenas, simpáticas, ariscas...), y suelen justificarse las razones en que se apoya el yo poético para considerar apetecibles cada una de ellas:

No es más ver yo la dama y no querella
que prohibir al fuego la centella;
si la veo doncella, me aficiona
porque de su persona
espero, si la gozo,
sacar el mayor fruto y mayor gozo
que puede dar amor en breve rato,
agora sea caro, o sea barato.
También me da contento la casada
porque verla guardada
del celoso marido,
de tal suerte aficiona mi sentido,
cual suele aficionar la fruta ajena,
aunque sea la propia harto más buena.
De las viudas soy aficionado
por ser de aquel estado
en que siente la dama
de tal suerte dormir sola en la cama;
que no sólo no pide al que la quiere,
mas ella dará cuanto quisiere [...]
Si es blanca mujer doy en querella
porque contemplo en ella,
según se me figura,
blancura cotejada con blancura
en pechos, vientre y muslos torneados,
y en dulcísima leche estar bañados.
También la que es morena me contenta
porque en sí representa
que debe ser graciosa,
cuanto y más que bien puede ser hermosa,
que no por ser morena pierde nada
si en lo demás es bien proporcionada⁶.

⁵ Ver Alzieu, *et al.* (eds.), *Poesía erótica*, 1984, pp. 10-11.

⁶ Tomo la cita de Brown, 1986, pp. 77-78. La poesía tiene 185 versos y está copiada del manuscrito 3773 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Pues bien, en la poesía jocosera de Quevedo podemos encontrar ejemplos de poemas que se ajustan a este paradigma. Así sucede en el soneto 562, en que el locutor burlesco argumenta que desea a cualquier mujer, porque lo que las hace apetecibles es su condición de no ser propias, de poder ser seducidas:

Por más graciosa que mi tronga sea,
otra en ser otra tronga es más graciosa;
el mayor apetito es otra cosa,
aunque la más hermosa se posea.
La que no se ha gozado, nunca es fea;
lo diferente me la vuelve hermosa;
mi voluntad de todas es golosa:
cuantas mujeres hay, son mi tarea⁷.

Si bien Quevedo en los dos tercetos hace que el jaque de tan veleidoso apetito sexual manifieste su conciencia de ser un pecador, lo cual no sucede en los poemas que se ajustan al tópico de los gustos de amores, en los que el locutor burlesco expresa sus inclinaciones amoratorias con singular desparpajo y total desinhibición:

Tú, que con una estás amancebado,
yo, que lo estoy con muchas cada hora,
somos dos archidiablos, bien mirado.
Mas diferente mal nos enamora:
pues amo yo, glotón, todo el pecado;
tú, hambrón de vicios, una pecadora⁸.

Idéntico frenesí sexual se expresa en el romance 705, en que un santero, con el alma escindida, confiesa a una santera que está muy satisfecho de su vida eremítica en el sentido de que pasa una existencia sosegada sin apetecer bienes materiales ni altas dignidades, pero al mismo tiempo le confía que va a abandonarla porque el instinto sexual le punza y agujonea constantemente, de tal manera que cualquier mujer le parece adecuada para acallar esa persistente queja del deseo carnal, aunque otra vez el gran satírico se aprovecha del tópico de los gustos de amores para desvelar, con auténtica delectación, cómo los ermitaños, personajes que frecuentemente son zaheridos por don Francisco debido a su hipocresía, también están sometidos al imperio de la carne:

⁷ Es normal que en las composiciones que responden al primer tipo de variedad que vengo estudiando se señale, excepcionalmente, algún tipo de mujer como no apetecible. Así, en la anterior atribuida a Méndez de Loyola las desdeñadas son las monjas y las pintadas; mientras que en esta de Quevedo es la propia tronga.

⁸ Quevedo, *Poesía original*, ed. Blecua, 1990, núm. 562, pp. 546-47.

Carnicero es mi apetito,
todas mis culpas se encierran
en el pecado de carne,
aunque algunos huesos tenga.
No sé qué es pecar de viernes;
ninguna ofensa de pesca
me tiene el demonio escrita
en el libro de sus cuentas.
Ni reparo yo si es limpia
la hermana que me recrea,
que no es hábito el pecado
para mirar en limpieza.
No he menester perejiles
de rosas, ligas o medias,
que yo doy por recibido
todo lo que no son piernas.
No hay viuda que yo no busque,
por más que en tocas se envuelva:
que gustos tintos me agradan
entre aquellas faldas negras.
Ándome tras las casadas,
para ver cómo se engendra,
en ausencia de un marido,
el cristal de las linternas.
Doncellas no sé qué son,
porque me contó una vieja
que ya son sólo en los cuentos
fruta de «Érase que se era».
Así, madre, que si Dios
no hubiera criado hembras,
en soledad y oración
buscara la vida eterna⁹.

La segunda variedad de poemas pertenecientes al tópico de los gustos de amores incluye aquellas composiciones que presentan dos o más tipos de mujeres, y muestran la inclinación por uno de ellos en detrimento del otro u otros. Generalmente, se arguyen los motivos de tal preferencia en virtud de las ventajas que conlleva el modelo de mujer elegido desde el punto de vista de las relaciones sexuales:

⁹ La respuesta de la rigurosa santera no deja de tener su gracia, al dejar manifiesta la omnipresencia del apetito concupiscible tras las más severas apariencias: «Mal hubiese el ermitaño, / que olvidó entre todas éstas / los deseos estantíos / de una ermitaña manchega. / ¿Qué os han hecho las beatas? / Mujeres somos como ellas: / cuerpos cubren estos sacos, / carne y huesos estas cerdas. / Desiertos tienen la culpa / de lo que estos miembros huelgan: / bien sabe alguno que pudre / que saben lo que se pescan. / No crea, hermano, en el sayal / de las santas comadreras, / pues debajo hay al, en donde / los reconcomios se ceban».

*De las damas para el gusto,
para el contento y sabor,
la chiquita es la mejor.*

Para la amorosa llama
la chica es una centella,
que suele el hombre tenella
y no hallarla en la cama,
y con esto más se inflama
el más cobarde de amor:
la chiquita es la mejor.

¿A quién no causará enfado
una gorda en cualquier tiempo,
si, en lugar de pasatiempo,
se halla el hombre enojado
y más viéndose enfrascado
en tetas y salvohonor?
La chiquita es la mejor.

Si a la flaca el instrumento
tocáis en sus atabales,
salís con más cardenales
que del potro del tormento;
pues, procurando contento,
la flaca da este dolor.
*La chiquita es la mejor*¹⁰.

En la prosa festiva de don Francisco encontramos huellas de esta segunda variedad del tópico de los gustos de amores a la que me vengo refiriendo. Así, en la *Tasa de la herramienta del gusto* aprovecha el paradigma compositivo de la premática para pasar revista a diferentes tipos de mujeres, y señalar los inconvenientes eróticos que tiene cada uno de ellos, así como, irónicamente muchas veces, sus virtudes. No se muestra decididamente la preferencia por ningún tipo, pero sí sospechamos la inclinación que el locutor burlesco siente hacia cada uno por la tasa fijada en cada caso:

Primeramente, la mujer tan alta como fea (que es como echarse con un alabardero) no vale nada [...]. Mujer ojinegra o pelinegra, vale un

¹⁰ Ver Alzieu, *et al.* (eds.), *Poesía erótica*, 1984, p. 180. En una poesía atribuida al propio Quevedo se expone la opinión contraria; ver Quevedo, *Poesía original*, ed. Blecua, 1990, núm. 628: «Para un juego de títeres sois dama, / que no para la cama, / pues una vez que la merced me hicisteis, / cuando menos, pensaba que os perdisteis; / y dos horas después, envuelta en risa, / en un pliegue os hallé de la camisa». Como piensa Góngora, en estas cuestiones hay gran variedad de gustos: «Muchos hay que dan su vida / por edad menos que tierna, / y otros hay que los gobierna / edad más endurecida; / cuál flaca y descolorida; / cuál la quiere gorda y fresca, / porque amor no menos pesca / con lombriz o con aluda. / Cada uno estornuda / como Dios le ayuda». Ver Góngora, *Letrillas*, ed. Jammes, 1980, núm. 30, p. 134.

escudo por ser la pimienta del vicio, si es de día; y si es de noche, porque con lo oscuro pierde algo de la vista más que las blancas, se le quite un real [...]. Mujer blanca y rubia, para de camino y por necesidad, vale veinte y cuatro maravedies y un pan. Y mandamos que ellas ni las cantimploras ni los abanicos no se usen sino el verano, por ser frías y buenas para el tiempo¹¹.

Sin embargo, ejemplos más claros de esta segunda variedad de los gustos de amores encontramos en la poesía jocosa del insigne escritor madrileño. Por ejemplo, en el romance 740 se plantea el dilema entre una fea culta y una linda necia; ante el cual, el yo burlesco se inclina por preferir el goce físico sobre las ventajas de orden intelectual que pudieran conllevar las relaciones con las cultas:

En vez de una cara hermosa,
una noche y una tarde,
¿qué gusto darán a un hombre
dos cláusulas elegantes?
¿Qué gracia puede tener
mujer con fondos en fraile,
que de sermones y chismes
sus razonamientos hace?
Quien deja lindas por necias
y busca feas que hablen,
por sabias coma las zorras,
por simples deje las aves.
Filósofos amarillos
con barbas de colegiales,
o duende dama pretenda,
que se escuche y no se halle.
Échese luego a dormir
entre Bártulos y abades,
y amanecerá abrazado
de Zenón y de Cleantes;
Que yo, para mi traer,
en tanto que argumentaren

¹¹ Incluida en Quevedo, *Prosa festiva completa*, ed. García Valdés, 1993, pp. 302-303. En la «Premática del tiempo» (en *Prosa festiva*, 1993, p. 224) también aparece la revista de damas propia de los gustos de amores, aunque en este caso no se alude explícitamente a las ventajas o inconvenientes de las mismas desde el punto de vista de la sexualidad. En esta ocasión, sin embargo, el locutor burlesco opta por la mujer chiquita apoyándose en el dicho *del mal, el menos*. El chiste era tradicional, pues lo recoge en un cuentecillo Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española*, ed. Cuartero y Chevalier, 1997, p. 231, y se hace eco de él Covarrubias, *Tesoro*, ed. Riquer, 1943, en el término *muger*: «Casose con una de estatura desmedrada Demócrito, siendo él de grande y crecida, y preguntándole por qué se había casado con mujer tan pequeña respondió: Elegí del mal el menor».

los cultos con sus arpías,
algo buscaré que palpe¹².

La elección está muy vinculada a ciertas manifestaciones del discurso popular, que se reflejan, por ejemplo, en los cuentecillos tradicionales o en los entremeses¹³. Así, en el cervantino de *La cueva de Salamanca*, sin ir más lejos, Cristina, fiel al arquetipo de mujer que aparece en estas obras, caracterizado por su reivindicación de lo corporal y del goce sexual a despecho de todas las convenciones y obstáculos, espeta lo que sigue, con singular desparpajo, a un sacristán que se considera superior a un barbero por sus conocimientos gramaticales: «Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe, y aún más, que supo Antonio de Nebrija»¹⁴.

No obstante, el tema ya aparece en la literatura de carácter culto, pues constituye el asunto de un soneto incluido en *El jardín de Venus*, en el que figuran versos que se pueden considerar clarísimos precedentes de los quevedianos:

Una nueva locura se ha asentado
en los entendimientos desta era,
que no hay quien a la hermosa dama quiera,
si no es discreta y sabia en sumo grado.
Por la hermosura no dan un cornado,
y adóranla si es fea y es parlera,
como si en el aviso consistiera
tener la dama el cuerpo bien formado.
¡Oh necio humor, no amor, mas devaneo!
¡Como, porque es astuta, la raposa
y no como, por simple, la gallina!

¹² Cfr. Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. Ynduráin, 1983, pp. 241-42: «Fuimos a los estanques, vimoslo todo y, en el discurso, conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente. No sabía; pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procurólas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto me sabe, si me sabe bien».

¹³ Ver Huerta Calvo, 1983, pp. 5-68.

¹⁴ Ver Cervantes, *Obras dramáticas*, ed. Ynduráin, 1962, vol. II, p. 546. El propio Cervantes en *El Quijote*, ed. Riquer, 1971, vol. I, p. 245, inserta un cuentecillo tradicional con este mismo asunto: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Éste quiero, aquéste no quiero». Mas ella le respondió, con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más que Aristóteles».

Cualquiera vaya pues tras su deseo,
que de mujeres quiero la hermosa,
pues hermosura busco y no doctrina¹⁵.

Incluso creo que hay que tener en cuenta que en este romance pueda haber un recuerdo lejano de la *Sátira VI* de Juvenal, donde se vitupera a las damas cultas y parleras, y, como en el poema de don Francisco, se utiliza una serie de vocablos propios de la retórica (*entimemas*), y hay menciones a autoridades de la cultura clásica (*Palemón*), que brillan por su ausencia en el anterior soneto citado:

Non habeat matrona, tibi quae iuncta recumbit,
dicendi genus aut curvuum sermone rotato
torqueat enthymema, nec historias sciat omnes,
sed quaedam ex libris et non intellegat. Odi
hanc ego quae repetit voluitque Palaemonis artem
servata semper lege et ratione loquendi
ignotosque mihi tenet antiquaria versus
nec curanda viris opicae castigat amicae
verba; soloecismum liceat fecisse marito¹⁶.

También revisten gran interés varios poemas, pertenecientes a esta segunda variedad que estoy estudiando, en que se plantea el enfrentamiento entre dos mujeres de diversa condición, pero a la hora de inclinarse por una de las dos, se consideran de mayor peso los argumentos crematísticos que los de carácter erótico: la decisión por uno u otro tipo de mujer depende de cuál cueste menos dinero de conseguir o de cuál procure mayores beneficios económicos.

En estos poemas, pues, Quevedo injerta dentro del tópico de los gustos de amores uno de los temas que más le obsesionan a lo largo de su carrera literaria, tanto en prosa como en verso: la preocupación por el dinero.

Así, en el romance 753 un valentón sostiene que es preferible la mujer vieja a la joven. Hasta aquí sigue una característica propia de los poemas de los gustos de amores, pues en ellos se suele elegir como más apetecible el tipo de mujer que normalmente no se tiene por tal (matrona frente a doncella, fea frente a hermosa...); lo que ocasiona que los versos ganen en comicidad por la ruptura de expectativas que conllevan, y sirvan para que el autor haga alarde de su ingenio al mantener esa elección; pero resulta que en el poema quevediano la opción no se basa en los atractivos o encan-

¹⁵ Ver Alzieu, *et al.* (eds.), *Poesía erótica*, 1984, p. 15.

¹⁶ Sigo la edición de Juvenal, *Satires*, ed. Labriolle y Villeneuve, 1962, p. 77.

tos de la dama en cuestión, sino en que supone menos gastos, y para colmo tiene una suma habilidad para aportar víveres:

Quiero ser pecaviejero
y tenerlo por oficio:
más vale vieja con gajes
que *ad honorem* poco siglo.
No me faltará caduca
con su fecha de *ab initio*:
condenaré a los profundos
de una dueña mi capricho.
Estas guardan caldo viejo,
y sus mangas son archivos
de repulgos de empanadas
y de andrajos de tocino¹⁷.

Y para acabar, voy a analizar el grupo de poemas que considero más interesante dentro de este último conjunto. Me refiero a aquellos en que se plantea el dilema de qué mujer es preferible: la que pertenece a una categoría social baja o elevada.

El soneto 609, magistralmente analizado por Arellano en su libro citado, da a entender que la de baja alcurnia, puesto que proporciona idéntico placer que las damas nobles, y no es necesario hacer grandes desembolsos de dinero para conseguirla:

Quiero gozar, Gutiérrez; que no quiero
tener gusto mental tarde y mañana;
primor quiero atisbar, y no ventana,
y asistir al placer, y no al cochero.
Hacérselo es mejor que no terrero;
más me agrada de balde que galana:
por una sierpe dejaré a Diana,
si el dármele es a gotas sin dinero.
No pido calidades ni linajes;
que no es mi pija el libro del becerro,
ni muda el coño, por el don, visajes.
Putá sin daca es gusto sin cencerro,
que al no pagar, los necios, los salvajes,
siendo paloma, lo llamaron perro.

Creo que este poema tiene un influjo bastante claro (sobre todo en el primer terceto) de la *Sátira* I, 2, de Horacio, donde se emplean parecidos argumentos para justificar que son más placenteras las relaciones con las cortesanas o siervas que con las nobles matronas de Roma; si bien en el poema de Quevedo el locutor

¹⁷ Ha anotado excelentemente este romance Arellano, 1985.

burlesco, verdaderamente obsesionado con el tema económico¹⁸, antepone las ventajas crematísticas a cualesquiera otras que puedan tener las mujeres de baja estofa, mientras que en el poema horaciano se alude también a la mayor tranquilidad y sosiego que conllevan estos amorios, así como a la belleza superior de las féminas humildes por estar basada más en la naturaleza que en el artificio de los cosméticos:

Villius in Fausta Sullae gener, hoc miser uno
nomine deceptus, poenas dedit usque superque
quam satis est, pugnis caesus ferroque intus.
Huic si muttonis verbis mala tanta videnti
diceret haec animus: «Quid vis tibi? numquid ego a te
magno prognatum deposco consule cunnum
velatumque stola, mea cum conferbuit ira?»
Quid responderet? «Magno patre nata puellast».
At quanto meliora monet pugnanti que istis
dives opis natura suae, tu si modo recte
dispensare velis ac non fugienda petendis
inmiscere. Tuo vitio rerumne labores
nil referre putas? Quare, ne paeniteat te,
desine matronas sectarier, unde laboris
plus haurire mali est quam ex re decerpere fructus.
Nec magis huic inter niveos viridisque lapillos
(sic licet hoc, Cerinthe, tuum) tenerum est femur aut crus
rectius, atque etiam melius persaepe togatae [...]
Illam «Post paulo», «Sed pluris», «Si exierit vir»,
Gallis, hanc Philodemus ait sibi, quae neque magno
stet pretio neque cunctetur, cum est iussa, venire.
Candida rectaque sit, munda, hactenus ut neque longa
nec magis alba velit quam dat natura videri.
Haec sibi supossuit dextro corpus mihi laeuom,
Ilia et Egeria est; do nomen quodlibet illi¹⁹.

Asimismo, en el poema 726 se presenta un planteamiento muy semejante al del soneto anteriormente citado. Bajo el paradigma compositivo de la instrucción o documento se le da una serie de consejos a un recién llegado a la Corte. Se le avisa de que allí las damas no se dejan rendir por los encantos de los galanes, ya que, ávidas de dinero, tan sólo prestan su atención al que se muestra dadivoso, hasta que acaban con su caudal y lo desprecian. Así que

¹⁸ En el epigrama 32 del libro IX de Marcial también se da más importancia a que la mujer no pida mucho dinero que a su aspecto físico: «Hanc volo quae facilis, quae palliolata vagatur, / hanc volo quae puero iam dedit ante meo, / hanc volo quam redimit totam denarius alter, / hanc volo quae pariter sufficit una tribus. / Poscentem nummos et grandia verba sonantem / possideat crassae mentula Burdigalae» (Marcial, *Épigrammes*, ed. Izaac, 1933, vol. II, p. 46).

¹⁹ Ver Horacio, *Satires*, ed. Villeneuve, 1962, pp. 43-47.

se le transmiten al neófito galán varias trucos para evitar su descalabro económico, y se le presenta la siguiente alternativa, con objeto de que le sirva de desahogo, si no accede a las pretensiones de las damas pedigüeñas, como es de razón:

Y si por cuerdo y guardoso,
no tuvieres quien te quiera,
bien hechas y mal vestidas
hallarás mil irlandesas²⁰.
Con un cuarto de turrón
y con agua y con gragea,
goza un Píramo, barata,
cualquiera Tisbe gallega²¹.
Si tomares mis consejos,
Perico, que Dios mantenga,
vivirás contento y rico
sobre la haz de la tierra²².

Sin embargo, todavía más en la órbita de los versos horacianos citados arriba está el romance 711, recreación burlesca del tópico de menosprecio de corte y alabanza de aldea. Un hombre, alejado de la capital, escribe una carta a un médico relatándole la deliciosa vida que lleva en su agradable retiro, a lo que contribuye no poco el hecho de mantener unas satisfactorias relaciones con las aldeanas del lugar, que, por no abusar de los afeites ni de otros mejunjes de este jaez, y por no ser pedigüeñas, resultan más placenteras que las damas encopetadas de la Corte:

A las que allá dan diamantes,
acá las damos pellizcos;
y aquí valen los listones,
lo que allá los cabestrillos.
Las mujeres de esta tierra
tienen muy poco artificio;
mas son de lo que las otras,

²⁰ Durante el Siglo de Oro llegaron a España un gran número de irlandeses que se consideraron perseguidos por el protestantismo. Por esta razón fueron bien acogidos por los españoles, pero no lograron integrarse en el mundo laboral, por lo que llevaban una vida marginal. Ver Herrero García, 1966, p. 495.

²¹ Las gallegas desarrollaban los oficios más bajos, en especial trabajaban de mozas en los mesones. Eran consideradas poco agraciadas, interesadas, y muy amigas de hacer cualquier tipo de favor en sonando la plata. Ver Herrero García, 1966, pp. 209-13.

²² El yo poético de un soneto de Castillo Solórzano, escritor muy influido por Quevedo, también muestra su preferencia por los amores fáciles con mujeres de baja condición: «Pretende desde hoy bajas fregonas, / que no piden escalas sus botines, / lo fácil goza, lo imposible deja. / ¿Para qué buscas Filis, si hay Antonas?, / que no has de alcanzar títulos chapines, / aunque te vuelvas sacre o comadreja» (Castillo Solórzano, *Donaires del Parnaso*, 1625, fol. 36).

y me saben a lo mismo.
 Si nos piden, es perdón,
 con rostro blando y sencillo,
 y si damos, es en ellas,
 que a ellas es prohibido.
 Buenas son estas sayazas
 y estas faldas de cilicio,
 donde es el gusto más fácil,
 si el deleite menos rico.
 Las caras saben a caras,
 los besos saben a hocicos:
 que besar labios con cera
 es besar un hombre cirios.

En vista de estos tres últimos poemas referidos me parece que así como en la poesía amorosa sería de Quevedo es perceptible el influjo de la filosofía neoplatónica, en estos poemas escritos desde una perspectiva burlesca subyace, en el fondo, la concepción del amor propia de los epicúreos, tan bellamente expuesta por Lucrecio en el libro IV de *De rerum natura*. En efecto, los seguidores del filósofo de Samos consideraban el amor como una pasión inútil, como un espejismo destinado a causar la frustración de los amantes, después de haberles deparado, además de la ruina económica en muchas ocasiones, un sinfín de sufrimientos y zozobras; pero no condenaban la pulsión sexual (como no condenaban el hambre ni la sed), que había que satisfacer procurando que te causara las menores molestias posibles²³.

Ya el odiado maestro de Quevedo, Luis de Góngora, fiel a esta concepción amorosa de los epicúreos, en su romance «Ahora, que estoy de espacio» plantea la contraposición entre el sosiego inherente a tener satisfechas, sin más complicaciones, todas las necesidades, incluidas las relativas al sexo²⁴, y la dolorosa angustia que trunca esta felicidad en virtud de un inoportuno enamoramiento. En efecto, el yo poético del citado romance describe una existencia plácida y tranquila basada en la mollicie, la práctica de la caza,

²³ Muy expresivamente Savater, 1997, pp. 397-98, ha escrito que para los epicúreos la satisfacción sexual se resuelve librándose de algo que nos sobra, no consiguiendo algo que nos falta. *Cfr.* Lucrecio, *De rerum natura*, ed. Valentí Fiol, 1985, libro IV, p. 394: «Nec Veneris fructu caret is qui uitat amorem, / sed potius quae sunt sine poena comoda sumit; / nam certe purast sanis magis inde uoluptas / quam miseris».

²⁴ Ver Góngora, *Romances*, ed. Carreira, 1998, vol. I, pp. 447-48: «Veníame por la plaza, / y de paso vez alguna / para mí compraba pollos, / para mis vecinas, turmas. / Comadres me visitaban, / que en el pueblo tenía muchas: / ellas me llamaban padre, / y taita sus criaturas. / Lavábanme ellas la ropa, / y en las obras de costura / ellas ponían el dedal / y yo ponía la aguja. / La vez que se me ofrecía / caminar a Extremadura, / entre las más ricas de ellas / me daban cabalgaduras. / A todas quería bien, / con todas tenía ventura, / porque a todas igualaba / como tixerás de murta».

las divertidas conversaciones con los amigos y las relaciones sexuales con las vecinas sin otras implicaciones sentimentales, y constata cómo esta serenidad se desmorona al quedarse prendado de los encantos de una dama, que, por otra parte, responde al modelo de belleza de la lírica neopetrarquista.

Pues bien, creo que esta crítica explícita al sentimiento amoroso, de raíz epicúrea, también es familiar en la poesía jocoseria de Quevedo. Así, se encuentra en su romance 795²⁵, en el que se muestran las desastrosas consecuencias que se derivan de la complicación del deseo sexual con otras emociones, al transformarse la «arrechera» en «martelo», según sus propias palabras. El locutor burlesco del poema, harto de tener amoríos con fregonas, galantea con éxito a una dama de alta alcurnia. En unos versos, cargados de una sensualidad inusual en la obra quevediana, va describiendo cómo con esta mujer experimentó sensaciones hasta ahora no conocidas al levantar la ropa de seda para acariciar su delicada piel, al comprobar su fogosidad en las lides amatorias, o al practicar posturas sexuales consideradas en la época nada ortodoxas; pero al mismo tiempo confiesa al médico al que dirige su epístola que esta relación por los sufrimientos, duelos y quebrantos que le ha causado le tiene al borde de la muerte:

Malhaya yo, que gasté
mi vida en jugar a ciegas
a lo de Maricastaña,
por el libro de mi aldea.
Besaba a lo mazorrall
un beso con castañetas;
abrazaba de empujón,
martirizando caderas.
Éranme pueblos en Francia²⁶
lo que se llama gatesca²⁷,

²⁵ El romance es atribuido a don Francisco en los manuscritos 1952, 3708, 3919, 4044, 4067, 4312, 7370 y 9636 de la Biblioteca Nacional. Tomo la referencia de la valiosísima obra dirigida por Jauralde y Carreira, 1993-1998. Por otra parte, el poema, que también responde al paradigma compositivo de la epístola enviada a un médico, parece un desarrollo de los siguientes versos ya citados del romance 711: «Buenas son estas sayazas / y estas faldas de cilicio, / donde es el gusto más fácil, / si el deleite menos rico».

²⁶ Ver Correas, *Vocabulario de refranes*, ed. Mir, 1992: «Esto dice el Antonio en su *Vocabulario* de las Gallias antiguas, de que es ahora buena parte Francia y Saboya, Cantones y Borgoña, porque como no conocidos ni comunicados acá, no les halló nombre en romance, y de allí se tomó en refrán por cosa no cierta y no conocida».

²⁷ Ver Brown, 1982, p. 50: «No ignorante del resabio, / por excusar la experiencia, / y el enfado de escucharle / hizo lo que marzo Isbella. / Mas Julio, fino español, / cuya inclinación perrera / veda gatunas acciones, / se puso delante apriesa». *Cfr.* con el propio Quevedo, *Poesía original*, ed. Blecua, 1990, núm. 826: «Vuestros conceptos alabo, / pues, de pura buena pesca, / los hacéis a la gatesca, /

siendo lugares que pasa
 a Italia el que blanco yerra.
 Con estas cosas, doctor,
 y estas Indias descubiertas,
 me siento de ella picado,
 idólatra de sus rejas.
 No te pido que me cures;
 pues te doy por malas nuevas
 que no me puedes matar,
 porque ya me ha muerto ella [...]
 Que yo pienso que mi muerte
 fue errarme la cura negra,
 curándome por martelo
 lo que se llama arrechera²⁸.

Como decía Borges, la grandeza de Quevedo es verbal²⁹. En el caso de los gustos de amores parte de una materia heredada de diversa procedencia, la actualiza, injerta en ella sus obsesiones, la presenta dentro de paradigmas compositivos y desde la perspectiva de locutores burlescos que potencian su comicidad; y sobre todo, se sirve de ella para desplegar una inagotable riqueza léxica, y para hacer gala de una prodigiosa maestría en la aplicación de la agudeza conceptista³⁰.

pues los hacéis por el rabo». Creo que con estos dos testimonios queda claro el significado de tan escabrosa expresión.

²⁸ Asimismo, en Quevedo, *Poesía original*, ed. Blecua, 1990, núm. 778, por ejemplo, se nos presenta la visión desengañada del sentimiento amoroso que tiene un caballero, que considera, además, necios a los que se dejan arrastrar por semejante pasión: «¿Pensó que era yo Macías, / o qualque Amadís de Gaula, / amartelado a lo Fénix, / de esos que anidan en brasas? / ¿Mintiólo acaso su antojo / que, por verme en su desgracia, / me fuera a la Peña Pobre / a convertirme en estatua? [...] / Sepa que los condes Claros, / que de amor no reposaban, / de los amantes del uso / se han pasado a las guitarras. / Las ternuras portuguesas / ya se han vuelto castellanas: / no hay pecantes que se finen / por Anaxartes ingratas. / Ya no hay ojos azacanes / con oficio de echar agua, / a fuerza de ardientes fuegos, / como nariz de alquitara. / Los Adonis en azúcar, / a quien Amor alcorzaba, / derretidos en la boca, / con sola la paz de Francia, / pasáronse a Badajoz, / que es de badajos la patria, / y a caballo en sus babiecas, / festejan Celias y Zaidas».

²⁹ Ver Borges, «Nuevas Inquisiciones», 1985, vol. III, p. 50. También Lázaro Carreter, 1982.

³⁰ Ver Chevalier, 1992.

Bibliografía

- Alzieu, P., R. Jammes y Y. Lissorgues (eds.), *Poesía erótica del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Arellano Ayuso, I., *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Pamplona, Eunsa, 1984.
- Arellano Ayuso, I., «En torno a la anotación filológica de textos áureos y un ejemplo quevediano: el romance, "Hagamos cuenta con pago"», *Criticón*, 31, 1985, pp. 3-53.
- Borges, J. L., *Prosa completa*, Barcelona, Bruguera, 1985, 4 vols.
- Brown, K., «Gabriel del Corral, sus contertulios y un manuscrito de academia inédito», *Castilla*, 4, 1982, pp. 57-80.
- Brown, K., «El cancionero erótico de Pedro Méndez de Loyola», *Castilla*, 11, 1986, pp. 57-80.
- Castillo Solórzano, A., *Donaires del Parnaso, Segunda parte*, Madrid, Diego Flamenco, 1625.
- Cervantes Saavedra, M. de, *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, ed. F. Ynduráin, Madrid, B. A. E., 1969, 2 vols.
- Cervantes Saavedra, M. de, *Obras dramáticas*, ed. F. Ynduráin, Madrid, B. A. E., 1962.
- Cervantes Saavedra, M. de, *El Quijote*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Planeta, 1971.
- Correas, G., *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua española*, ed. M. Mir, Madrid, Visor, 1992.
- Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. Riquer, Barcelona, Horta, 1943.
- Chevalier, M., *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Freud, S., *El chiste y su relación con lo inconsciente*, ed. López-Ballesteros, Madrid, Alianza, 1990.
- Góngora y Argote, L. de, *Letrillas*, ed. R. Jammes, Madrid, Castalia, 1980.
- Góngora y Argote, L. de, *Romances*, ed. A. Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, 1998, 4 vols.
- Herrero García, M., *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966.
- Horacio, *Satires*, ed. F. Villeneuve, Paris, Les Belles Lettres, 1962.
- Huerta Calvo, J., «Cómico y femenino bureo. (Del amor y las mujeres en los entremeses del Siglo de Oro)», *Criticón*, 24, 1983, pp. 5-68.
- Jammes, R., «La risa y su función social en el Siglo de Oro», en *Risa y sociedad en el teatro español del Siglo de Oro*, Toulouse, CNRS, 1980, pp. 3-11.
- Jauralde Pou, P. y A. Carreira, *Catálogo de manuscritos de la BN con poesía en castellano de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Arco, 1993-1998, 5 vols.
- Juvenal, *Satires*, ed. P. Labriolle y F. Villeneuve, Paris, Les Belles Lettres, 1962.
- Lucrecio Caro, T., *De rerum natura*, ed. E. Valentí Fiol, Barcelona, Bosch, 1985.
- Lázaro Carreter, F., «Quevedo, la invención por la palabra», en *Homenaje a Quevedo: actas de la II Academia Literaria Renacentista. Universidad de Sa-*

- lamanca, 10, 11 y 12 de diciembre, 1980*, ed. V. García de la Concha, Salamanca, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1982, pp. 9-26.
- Macial, *Épigrammes*, ed. H. J. Izaac, Paris, Les Belles Letres, 1933, 3 vols.
- Morel, A., «Obscenidad y desengaño en la poesía de Quevedo», *Edad de Oro*, 9, 1990, pp. 181-94.
- Ortega y Gasset, J., *Estudios sobre el amor*, Barcelona, Alba, 1999.
- Quevedo y Villegas, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. D. Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1983.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Poesía selecta*, ed. I. Arellano y L. Schwartz, Barcelona, PPU, 1989.
- Quevedo y Villegas, F. de, *Prosa festiva completa*, ed. C. C. García-Valdés, Madrid, Cátedra, 1993.
- Santa Cruz, M. de, *Floresta española*, ed. P. Cuartero y M. Chevalier, Barcelona, Crítica, 1997.
- Savater, F., *Diccionario filosófico*, Barcelona, Planeta, 1997.
- Vitse, M., «Salas Barbadillo y Góngora: burla e ideario de la España de Felipe III», *Crítico*, 11, 1980, pp. 5-142.

